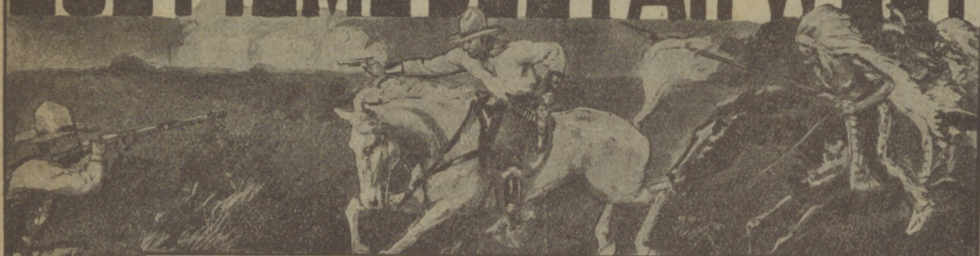


LOS FILMS DEL FAR-WEST



UNA NOVELA COMPLETA EN CADA CUADERNO

SPICK

N.º 22

TOM Y SU CUADRILLA

15 cts.



En poco estuvo que Warner no cometiese un cobarde crimen...

TOM Y SU CUADRILLA

(Novela cinematográfica, inspirada en la película del mismo título, de la colección «Selecciones Cinæ», Via Layetana, 53. - Barcelona)

I

A Warner, el *Oso Mejicano*, con cuyo apodo era conocido en cuarenta millas a la redonda, era un hombre cuyo aspecto infundía, aun a los más templados, un respeto rayano en temor.

Dotado de una fuerza poco común y de un carácter verdaderamente feroz, nadie se atrevía a desafiar su cólera oponiéndose a su voluntad que, con frecuencia, revestía la forma de un abuso.

Habitaba, o mejor dicho, era propietario del rancho más misero de la comarca y apenas si en sus establos guardaba una veintena de cabezas de ganado bovino.

Nunca había sido la perseverancia en el trabajo y la afición al mismo el atributo de Warner. Por lo cual nada tiene de extraño que la envidia, al ver la prosperidad ajena, le proporcionase muy malos ratos, siquiera no pensase nunca en imitar la conducta de quienes alcanzaban aquélla, o sea una labor tenaz y continua.

Sobre todo los Jansen, sus vecinos más cercanos, cuyo rancho, comparado con el del brutal y perezoso Warner, era un auténtico

paraíso, constituían el blanco de su odio.

Cuando comienza nuestra historia había ocurrido entre el temible Warner y el inteligente y pujante Gene Jansen uno de esos incidentes que ahondan el aborrecimiento entre dos hombres, si ya se tienen ojeriza, u originan, cuando entre ellos no existe antipatía alguna, un sentimiento de rencor.

El hecho fué el siguiente:

Conduciendo los vaqueros de Jansen un compacto rebaño de ganado hacia California, donde habían de embarcarlo, varios de aquellos animales se desmandaron, invadiendo el rancho de Warner, cerca del destartado edificio que hacía las veces de morada propiamente dicha, a pesar del esfuerzo que, para impedir aquella invasión, hicieron los mozos que conducían el rebaño.

Los daños producidos habían sido insignificantes.

Pero el feroz Warner los apreció de un modo tan desmedido e injusto, que para resacirse de los mismos, exigió al ranchero Jansen una crecida indemnización, la friolera de dos mil dólares.

Ni que decir tiene que su pretensión fué reñazada.

La negativa fué acogida por Warner con una especie de rugido:

—¡Cómo!—vociferó—. ¿Se niega usted a pagarme los dos mil dólares?

—¡Sí, Warner! ¡Esa cantidad es absurda, por lo crecida, pues apenas si por toda su finca habría comprador que desembolsara dos mil dólares!

—¡Tenga usted cuidado, Jansen, en no dejarme marchar de su casa sin atender mi demanda!

—¡Todas sus amenazas, amigo mío, serán inútiles! Jamás haré lo que mi honrada conciencia no considere equitativo y justo...

—Lo cual quiere decir observó el *Oso Mejicano*, que saldré de aquí con las manos vacías...

—No, pues estoy dispuesto a pagarle a usted una suma razonable...

—¿Cuál?

—¡Doscientos dólares!

Se oyó un alarido, que parecía salir de las fauces de una fiera, y el despótico y enfurecido Warner inquirió con voz ronca y los ojos inyectados de sangre:

—¡Mil rayos! ¿Se atreve usted a burlarse de mí, Jansen?

—Nunca me he burlado de nadie—respondió éste con glacial acento—, pero nunca, tampoco, he sucumbido a las exigencias de ningún hombre.

»Por lo tanto, no accederé a las de usted, y si rechaza usted esa cantidad...

—¡Ya lo creo que la rechazo! ¡Es una mezquindad, una miseria!

—¡Entonces, es inútil perder más tiempo hablando!

—¡Es verdad!—bramó Warner con las pupilas inflamadas de odio.

—¡Es verdad! Sería preferible

que en lugar de la boca hablaran los puños... ¿Es usted de la misma opinión?

Como el pacífico, digno y honrado Jansen sabía cuán graves podían ser las consecuencias de una respuesta afirmativa; como veía ya la mano diestra de su visitante crispada en la culata del revólver, algo pálido pero no amedrentado, respondió:

—¡Amigo Warner, no quiero agravar este enojoso asunto diciéndolo cómo juzgo su conducta! ¡Prefiero callar y aumentar la indemnización hasta cuatrocientos dólares! ¿Los acepta usted?

—¡Han de ser dos mil! ¡Ni un centavo menos!

—¡Eso equivaldría a permitir y soportar un espolio inicuo! ¡No recibirán las manos de usted de las mías esa exorbitante suma!

—¡Pues ya lo lamentará usted pronto!—aulló el *Oso Mejicano*—. ¡Pronto! ¿Oye usted?

—¡Le oigo!

—¿Y no me cree capaz de llevar a cabo mi amenaza?

—¡Lo creo, por el contrario, a usted hombre capaz de todo!

»¡Y, sin embargo, no accedo a su petición, Warner!

Lanzó éste una carcajada sinistra y acercando su busto de ciclope hacia su interlocutor, barbotó:

—¡A nadie, sino a sí mismo, culpe usted de lo que pueda ocurrirle! ¡Pero no quiero marcharme de aquí sin indicarle a usted una posibilidad de arreglo!

»¡Cinco días tiene usted de plazo para abonarme los dos mil dólares!

»¡Si transcurridos esos días no está en estas manos esa cantidad, entonces, Jansen, entonces sólo Dios



El amor había nacido ya en la niñez en sus corazones...

sabe lo que ocurrirá! ¡Desde luego será algo terrible!

» ¡Y nada más!

Pronunciadas estas palabras y sin esperar respuesta a ellas, el *Oso Mejicano* abandonó la estancia donde se desarrollaba esta escena.

A los pocos momentos de quedarse a solas y sumido en sombrías meditaciones, el acaudalado ranchero, apareció en el umbral de la estancia una encantadora y radiante figura de mujer, un verdadero encanto de juventud y de belleza.

— ¡Papá querido! —dijo la hechicera criatura—. ¿A que no adivinas la buena nueva que te traigo?

Disimulando el intenso disgusto y las angustiosas zozobras que lo atormentaban, Jansen procuró sonreír, balbuceando:

— ¿Una buena noticia?

— Sí, papá —corroboró la preciosa joven, acercándose al autor de sus días.

Y cuando estuvo a su lado, le puso ante los ojos una carta que llevaba en la mano.

— ¡Mira lo que acaba de traernos el correo!

Los ojos del ranchero leyeron las siguientes líneas:

«Queridísima Gloria: Dentro de tres días, suponiendo que esta misiva llegue a tus divinas manos el lunes, tendrá el gusto de veros y abrazaros tu primo

»TOM.»

Enterado de esta noticia que, por cierto, no podía serle más agradable, el ranchero permaneció meditando.

— ¿Nada me dices, papá? ¿Es que te enoja que venga nuestro valiente y noble Tom? —preguntó Gloria con las mejillas encendidas de delicioso rubor.

— ¿Enojarme que venga a nuestro rancho ese excelente muchacho, con el cual, además, nos une cierto parentesco? ¡Qué ideas se te ocurren, niña querida!

— Por lo tanto, ¿compartes mi alegría, no es cierto?

— ¡Con toda el alma! ¡Pero quizás su llegada no sea oportuna!...

— ¿Por qué?

El ranchero pasóse una mano por la frente y exhalando un profundo suspiro declaró:

— ¡Porque ocurre algo que yo pensaba ocultarte, algo que quizás agrave la presencia de Tom!

Profundamente alarmada, exclamó Gloria:

— ¡Santo cielo! ¡Casi me asusta

oírte, papá! ¿El qué deseabas ocul-
tarme?

—¿No has visto a Warner?

—Sí, papá; y por cierto que con-
sideré su visita de mal agüero...
¿Es que... te has disgustado con
ese hombre tan malvado?

El rancho hizo un gesto afir-
mativo, y luego, encogiéndose de
hombros, añadió:

—¡Warner puede compararse con

una planta venenosa! ¡Mientras no
se arranca ésta de raíz de la tierra
en donde crece, produce veneno!
¡De la misma manera ese hombre
será un infame en cualquiera par-
te del universo donde viva!

»Pero no te preocupes demasiado
por lo que estoy hablando, pues a
Warner lo volverá razonable la jus-
ticia, ya que no lo han conseguido
mis buenas palabras...

II

Aquel mismo día el padre de Glo-
ria se puso en camino hacia la mo-
rada del *sherif* Murph.

Era éste un severo e inflexible
funcionario que desempeñaba su
cargo con un celo y una energía
admirables.

Uníalo con el rancho Jansen
una amistad tan sincera como leal;
así es que cuando éste le enteró del
motivo de su visita y de las amena-
zas que le dirigiera Warner, el *she-
rif* exclamó:

—¡Tranquilícese usted, amigo
mío, pues le aseguro que Warner
se guardará bien de volver a moles-
tarlo a usted!

—¿Qué piensa usted hacer? ¡So-
bre todo, no quisiera que se mos-
trase con él demasiado severo!

—Me mostraré justo, y ya es bas-
tante, porque he de advertirle a us-
ted que hace algún tiempo vengo
observando a ese perillán y sospe-
cho de él...

—¿Sospecha usted?

—Sí, sospecho que, además de
rancho, es algo bandido...

»¡En fin, de momento no puedo
decirle a usted nada más! ¡Regrese
usted tranquilo a su rancho y no se



*Se pusieron alegres y tranquilos
en camino...*

preocupe de las amenazas de ese
mal hombre!

»Yo iré a verlo mañana mismo,
y luego de ver el perjuicio y los
destrozos que el ganado de usted

causaron en su finca, evaluaré la indemnización debida...

¡Estoy dispuesto a pagarle cuatrocientos dólares!

—¡Eso es un caudal enorme!— declaró el *sherif* riendo—. ¡Con muchos menos habrá de contentarse el *Oso Mejicano*!

III

Murph cumplió su palabra. Acompañado de tres delegados de a caballo, presentóse en el rancho de Warner al mediodía siguiente.

En aquel momento, se hallaba aquél en el porche de su vivienda conversando animadamente con varios de su hombres, cuyo aspecto era, como el suyo, algo intranquilizador.

Apenas vió al *sherif* y a su reducida escolta, exclamó con voz bronca:

—¡Apostaría la cabeza a que esos cuatro sarnosos sabuesos vienen a verme por culpa del rancho Jansen, y con la creencia de que se me va a arrugar el ombligo! ¡Buen chasco los espera! ¡Malditas sean sus cochinas almas! ¡Ahora verán que el hijo de mi madre no se asustan fácilmente!

Esto diciendo separóse de sus subordinados, acercándose con andar lento y pesado, como el del animal cuyo nombre llevaba, hacia el *sherif* y su gente.

—¿Qué buscan ustedes aquí? —les preguntó de mal talante.

—¡Vengo a hablar con usted, Warner!—dijo Murph.

—¿Sobre qué?

—¿No lo adivina?

Encogióse aquél de hombros y repuso con grosera mofa:

—¡No soy aficionado a las charadas ni a las adivinanzas, *sherif*!

»¡Por lo tanto, entéreme en seguida del motivo de su visita y no me haga perder mucho tiempo!

—Quiero ver con mis propios ojos los daños que causaron el otro día en este rancho los animales de Jansen...

—¿Y a usted qué le importa eso, *sherif*?

—Mucho...

—Nada le importa... Ese asunto lo tenemos que arreglar Jansen y yo...

»En cuanto a usted, su misión principal consiste en perseguir y detener malhechores...

—Cuidado con lo que habla, Warner, pues si me irrita me lo llevo a usted amarrado como una bestia...

—¡Y, además, muerto!... ¡Porque vivo nadie amanillará jamás estas manos!

—¡Hola, hola! ¿Se burla usted, pues, y la desprecia, de mi autoridad?

—¡No la temo, porque no soy culpable de nada!

—Rece usted, Warner, para que yo no pueda demostrarle muy pron-

to lo contrario... porque el día en que yo con justicia y razón pueda decirle: «Le detengo en nombre de la ley», si no me obedece usted, habrá sonado su última hora!...

—¡Lloverá mucho hasta que ocurra eso, *sherif*!

—¡Yo creo, por el contrario, que no transcurrirán ni siquiera quince días! ¿Me oye usted? ¡Quince días! ¡Terminado este plazo o quizas antes, volveremos a vernos y a hablar!

»Mientras tanto, voy a darle a usted un consejo, o mejor dicho, una orden: ¡guárdese bien de amenazar e importunar nuevamente al hombre más bueno y honrado que pueda vivir bajo el cielo del Oeste!

—Ese hombre ha de pagarme dos mil dólares...

—¡Hediondo bandido!—rugió el *sherif* rojo de cólera—. ¿Dos mil dólares quiere usted recibir por un daño que tal vez no vale ni veinte?

—¡*Sherif*, me ha insultado usted porque es autoridad! Pero no olvide lo que voy a decirle: el día en que no pueda usted lucir ese broquel en el pecho, le pediré cuentas de su insulto y le encenderé las entrañas.

»¡Hemos terminado! Márchese usted de aquí, porque si intenta atropellarme, por mi madre yo le juro que habrá *fogueo* y caiga el que caiga.

A estas palabras siguió un silencio terrible. Los delegados del *sherif*, que no eran ni tan valerosos ni tan inflexibles como su jefe, estaban pasando lo que se llama un mal rato.

Sabían cuán poco valor se concede en aquel país a la vida humana, y lo fácilmente que se la juegan sus moradores cuando disputan entre sí con odio y rencor.

No querían que las cosas llegaran a ese extremo.

Atraídos por los gritos y los descompuestos ademanes del *Oso Mejicano*, los hombres que se habían quedado en el porche, acudieron a su lado, pero avanzando de un modo que para los representantes de la autoridad era en extremo significativo.

Distanciado casi dos metros el uno del otro, pero en línea recta y con los brazos encorvados, de manera que las manos rozaban los revólveres que pendían de sus cadenas, el *Oso Mejicano* vió a sus hombres llenos de orgullo y satisfacción interior, dispuestos a arriesgar el pellejo saliendo en su defensa.

La situación en que se hallaban aquellos diez hombres no podía ser más grave. Ninguno de ellos sabía cómo acabaría aquel altercado...

—¿Qué significa eso?—vociferó por fin el *sherif*, y sus palabras eran una especie de rugido—. ¿Por qué os acercáis vosotros y os detenéis en esa actitud? ¿Es que nos desafiáis a nosotros, los hombres de la ley, representantes de la justicia? ¡Fuego del infierno! ¡Responded a mis palabras, y sobre todo, atreveos a responder la verdad!

Los ojos y el rostro de Murph, hijo del Oeste, antiguo *cow-boy*, revelaban una ferocidad inaudita.

Sin apartar un momento su mirada de fuego de Warner y sus hombres, sin moverse, sin pestañear, había *envidado* y esperaba que alguien respondiese a su envite.

Por suerte para todos, la visita de Murph y sus acólitos al rancho del *Oso Mejicano* no tuvo aquel día las trágicas consecuencias que eran de prever. La sangre no empapó el suelo.

—¡Bailaremos al son que nos to-

quen, *sherif!* — respondió Warner con acento sombrío—. Si ustedes requieren las armas, yo y mis amigos haremos lo mismo, pues no somos mancos y tampoco nos tiembla el pulso...

» ¡Esta es mi respuesta!

Aún transcurrieron unos instantes llenos de ansiedad y de zozobras.

El severo representante de la ley guardó silencio. ¿Qué pensaba hacer? Esta era la pregunta que, no sin cierto temor se dirigían a sí mismos sus tres delegados.

Por fin declaró:

— ¡Como estoy seguro de que



El padre de Gloria les dió su bendición, prometiendo que se casarían en breve...

TOM Y SU CUA- DRI- LLA

interpretada por

TOM TYLER

y

CHISPITA



Una leve lesión en el brazo sufrida por Tom fué la única nube en el cielo de los recién casados.

dentro de poco tiempo tendré ocasión de echarle la zarpa encima y de descargar sobre tu odiosa persona el castigo fuerte y duro de la ley, renuncio ahora a solventar este asunto a tiros de revólver...

» ¡Pronto nos veremos, Warner!

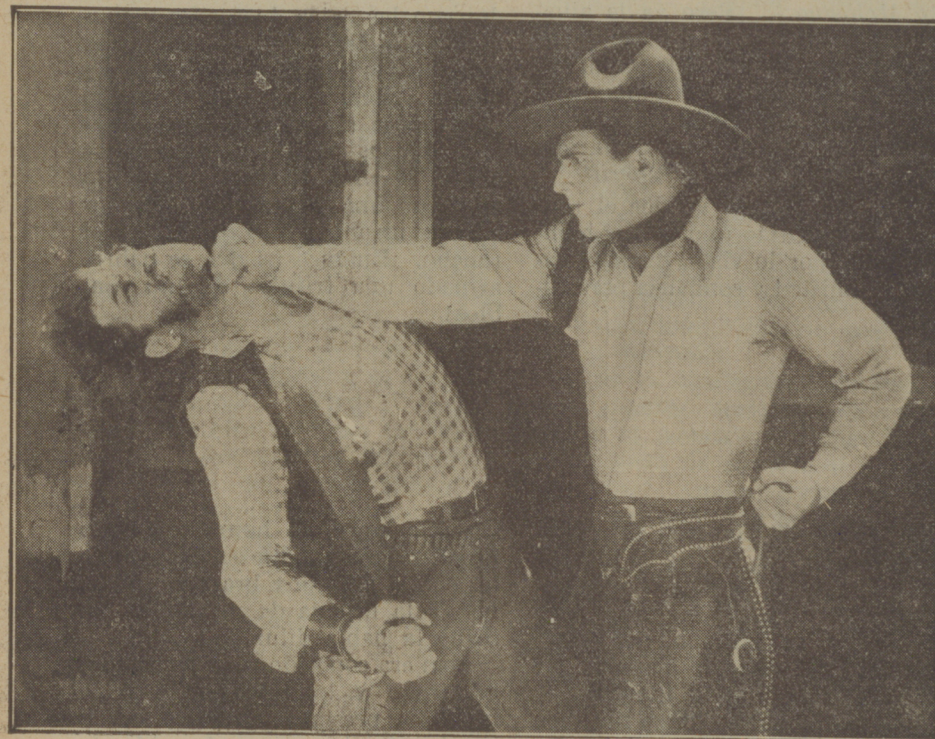
¡Y el día en que me veas entrar en tu rancho, tiembla, porque entonces perderás la libertad y acaso la vida!

— ¡Bah! ¡Esas amenazas no podrá usted cumplirlas nunca y, por lo tanto, recordándolas no me privarán el sueño!

Murph sonrió de un modo burlesco y sin ya pronunciar una pala-



Los Jansen y Tom regresaron alegres por la captura del Oso Mejicano.



Le asestó un nuevo puñetazo en la mandíbula...

bra más hizo dar una vuelta a su caballo y se alejó del rancho seguido de sus hombres.

Los de Warner acercáronse a éste en seguida y uno de ellos exclamó:

—¡Mil rayos! ¡Pocas veces en mi vida he conocido unos momentos tan peligrosos!

—¿Para qué eran peligrosos?

—¡Para todos, Warner, para todos, pues indudablemente algunos de nosotros habríamos quedado aquí patas arriba!

»¡En fin, ya ha pasado!

—¡De todo tiene la culpa ese maldito perro de Jansen!—bramó el *Oso Mejicano*—. ¡Pero ya le ajustaré las cuentas y si se niega a entregarme los dos mil dólares, lo enviaré al infierno... trasladándome después más allá de la frontera!... ¡Y una vez en suelo mejicano, que venga a capturarme el *sherif*!

—¿Luego piensas vender el rancho!—le preguntó uno de sus hombres, que, por lo visto, tenía la suficiente amistad y confianza para tutearlo.

—Naturalmente. Los tratos con aquel comerciante de San Francisco están ya casi ultimados... y los cerraremos uno de estos días... Pero cuidado con enterar a nadie de mis proyectos e intenciones. Ya habéis oído lo que dijo el *sherif*. ¡A lo que parece, olfatea los manejes a que me dedico con vuestra ayuda hace varios meses... pero como no tiene pruebas, no se atreve a echarme el guante!

»Ahora el odio activará sus pesquisas. Por lo tanto, habremos de vivir alerta y prevenidos. Esta misma noche, cuatro de vosotros conduciréis los burros *hateros* cargados con las cajas de fusiles y municiones al través de las montañas, a la otra parte de la divisoria... Preparaos, pues, desde este momento para hacer ese viaje... ¡Por Júpiter! Habría sido terrible de veras que el *sherif* se hubiera presentado aquí con una docena de delegados a hacer un minucioso registro en el rancho. ¡Entonces sí que se habría armado una trifulca de mil diablos!

IV

La llegada de Tom con su pequeño hermano, un avisado muchacho que apenas contaba ocho años, produjo en Gloria y su padre, que ya era casi un anciano, por haber contraído matrimonio pasados los cuarenta, una alegría inmensa.

Tom era lo que se llama un buen mozo, de carácter tan intrépido como valeroso, un auténtico *cow-boy*. La única gota de amargura que con-

tenía la copa del honrado y feliz ranchero era sus diferencias recientes con el salvaje y bravucón Warner, y la llegada de su atlético sobrino la había diluido...

Tom era conocido ya, y respetado, admirado y querido por cuantos hombres prestaban servicio en el rancho. Su bravura indomable, la contundencia de sus puños que algunas veces, un año antes, se ha-

bía visto obligado a emplear en varias ocasiones, desatando su furor, que no conocía freno, unido a la afabilidad de su carácter y la nobleza y bondad de su corazón, lo convirtieron en el héroe de aquellos hombres de pasiones rudas y primitivas.

El ranchero Jansen quiso celebrar el regreso de su sobrino con un opíparo festín.

Los *cow-boys* que desempeñaban en la vastísima finca las diversas ocupaciones propias de la misma, tuvieron, gracias a la generosidad de su propietario, ocasión de saciar su voracidad con un succulento hartazgo...

Los exquisitos vinos desataron sus lenguas, y cuando uno de aquellos hijos del Oeste, al final de la comilona, se puso en pie para pronunciar un discurso, estalló un ensordecedor vocerío de entusiasmo y de júbilo.

—Hombres y mujeres — dijo alzando un vaso lleno de dorado zumo —, vamos a brindar por la felicidad de todos los presentes, pero sobre todo por la dicha y la prosperidad de nuestro querido Tom y de la señorita Gloria, a la cual todos veneramos... ¡Viva el Oeste! Es el país más hermoso del mundo... la tierra bendita del universo, el edén del orbe! Bebamos, amigos, deseando que llegue pronto el día en que el valiente Tom, cabalgando un rauda corcel y manejando como sólo él sabe un lazo, alcance y conquiste a la bellísima mujer del Oeste que se halla sentada a su lado...

Tan inesperada y ruda ocurrencia fué acogida con un alarido de entusiasmo... Pero de pronto, un penetrante grito proveniente del exterior hizo callar a todos.

Por las abiertas puertas y ventanas del patio donde tenía lugar aquella fiesta tan íntima como simpática llegó el ruido de caballos y, al mismo tiempo, el rumor de recias voces de hombres.

En el umbral de la estancia apareció un *cow-boy*, que dijo:

—¡Ahí fuera hacen falta hombres! — dijo sin más rodeos.

—¿Qué pasa? — preguntó el padre de Gloria con inquietud, viendo que Tom se ponía sosegadamente en pie... sin la menor alteración en su varonil y sombrío semblante.

—El *Oso Mejicano* y una numerosa pandilla de secuaces — dijo el mensajero —, quieren turbar esta fiesta...

—¡Tom, no salgas! — exclamó Gloria intentando cortar el paso a su arrogante primo.

—¡Déjame conocer al *Oso Mejicano*, de quien me han dado, apenas llegué, ciertos informes! — dijo Tom sonriendo con desprecio.

—¡No, no! Papá, no lo dejes salir... Y vosotros, impedídselo también — exclamó la asustada criatura, encarándose con los *cow-boys* que la rodeaban.

—¡No la obedezcáis! — ordenó a unos cuantos hombres que, obedientes al mandato recibido, hicieron ademán de cortarle el paso —. ¡Apartaos! ¡Quiero conocer a esa fiera, a ese ogro que se come, o poco menos, a los hombres crudos!

Y sin dejar de sonreír del modo sencillo y hermoso que sólo se ve en quien está dotado de un valor leonino, Tom salió al exterior.

Su relampagueante mirada divisó en seguida a Warner y su pandilla, armados todos hasta los dientes.

El primero habíase apeado de su cabalgadura, que uno de sus com-

padres sujetaba por el ronzal, y se paseaba, con expresión tremebunda y sombría, por debajo del porche del edificio.

Su mano derecha llevaba una especie de tridente.

Tom se le acercó preguntándole:

—¿Qué busca usted aquí?

El *Oso Mejicano* lo midió de la cabeza a los pies con una mirada de desprecio antes de responder:

—¡Avísele a Jansen que yo, Gerard Warner, quiere verlo!

—¡El señor Jansen, en cambio, no lo quiere ver a usted!

—¡Claro! ¡Tiene miedo!

—¿Miedo? ¡No por cierto! ¡Lo que usted le inspira es... asco!...

Warner emitió un sordo gruñido, asestando a su interlocutor una furiosa mirada, que el bravo mozo sostuvo con una impasibilidad desconcertante.

—¿Y usted quién es, barbián?— preguntó el brutal rancharo.

—¡Yo me llamo Tom Jansen... y soy, por lo tanto, algo pariente del amo de esta finca! ¿Desea el señor saber algo más?

—Sí.

—¿El qué?

—Deseo saber si Jansen me va o no a entregar ahora mismo los dos mil dólares que debe pagarme.

—¡No, señor! Mi tío no le dará a usted esa cantidad, y si quisiera dársela para ahorrarse un disgusto y evitar que, en lo sucesivo, no tuviera usted ocasión ni pretexto para mostrar aquí su hedionda y puerca figura, yo se lo impediría.

—¡Ira del cielo! ¡Bellaco y fanfarrón galán, si vuelves a pronunciar otro insulto, te ensarto como a un escorpión!

Y acompañando la acción a la palabra levantó en alto el tridente

cual si fuese a cumplir su amenaza.

Entonces Tom, con la rapidez del pensamiento, alargó la mano izquierda, haciendo presa en la muñeca derecha del odioso Warner, mientras con la derecha estrujaba su garganta como una formidable tenaza.

El *Oso Mejicano* soltó un alarido, intentando desasirse de los puños de hierro que le sujetaban el brazo derecho y le apretaban el gástrico.

Pero en vano rugía y forcejeaba. Tom no soltaba su presa. Por el contrario, acentuando por momentos la presión de sus dedos en la garganta de su enemigo, obligó a éste a retroceder hasta una puerta cercana, que daba acceso a uno de los graneros del rancho...

—¡Te estrangularé como a un bandido, como a un ladrón, como a un cobarde, si no te declaras dispuesto a pedir perdón al dueño de este rancho!

»¿Me oyes?

Con el rostro congestionado por la cólera, el dolor y el miedo, Warner emitió unos sonidos inarticulados por toda respuesta.

—¡Contesta, granuja! —vociferó Tom—. ¿Quieres o no implorar el perdón del señor Jansen?

En el furor y la ferocidad propios de un verdadero *cow-boy* que lo dominaban, el primo de la hermosa Gloria no se daba cuenta de que a su enemigo no le era posible hablar.

Sentía ya los primeros efectos de la asfixia, y su rostro, ya feo y repugnante de suyo, era verdaderamente espantoso, con los ojos saltones y veteados de sangre, la boca abierta y franjeada de espuma, hinchadas y tensas como cuerdas las

venas de la frente y las sienes y el color purpúreo.

Esta escena, que se había desarrollado en menos tiempo del que empleamos para describirla, la contemplaban los compadres de Warner trastornados de estupor.

La creían porque la estaban viendo sus ojos... porque ninguno de ellos, minutos antes, hubiera admitido que existiese un hombre en el Oeste capaz de vencer a su hercúleo y gigantesco jefe.

En los porches del rancho se apiñaba la numerosa servidumbre.

Gritos de alegría y de cólera interrumpían de vez en cuando el silencioso interés que suscitaba aquella lucha.

El desenlace de ésta no se hizo esperar mucho rato.

Warner, incapaz de libertarse y de resistir la argolla que le apretujaba el cuello, se desplomó al suelo pesadamente.

Un clamoroso griterío atronó el espacio. Los *cow-boys* del rancho aclamaron y vitorearon al vencedor, mientras los hombres que formaban el séquito del vencido, invadidos por un invencible pánico, volvieron grupas a sus respectivos caballos y se alejaron al galope.

El rancho Jansen y su hija acudieron junto a Tom, y el primero preguntó con acento trémulo:

—¿Qué has hecho, muchacho? ¿Está muerto este hombre?

—¡No lo creo!—respondió el formidable *cow-boy* encogiéndose de hombros—. ¡Pero no perdería gran cosa el mundo si esta repugnante bestia hubiera cesado de existir!

—¡Dios quiera que no sea así, para que no tropieces con la justicia, querido Tom!

En tanto, el *Oso Mexicano*, libre ya de la presión del puño de su ri-



Tom y su hermanito solían acompañar a Gloria en sus excursiones y paseos.

val, y respirando la brisa sana y vivificante, comenzó a respirar afanosamente.

Luego abrió los ojos, fijándolos con expresión aterrada en la erguida y arrogante figura de Tom, y después en Jansen y su hija.

Sus labios profirieron unas palabras ininteligibles mientras se ponía en pie.

La fuerte mano de Tom cayó sobre su hombro, al mismo tiempo que le decía con acento rudo e imperioso:

—¿Recuerdas lo que te dije? ¡Has de pedir perdón a este hombre tan bondadoso y honrado, contra el cual, creyéndolo solo y porque es casi un anciano, querías cometer una vileza, un inicuo despojo!

»¡Implora su perdón!

—¡Jamás! En cuanto a ti...—aulló Warner—ahora mismo...

No tuvo tiempo de expresar del todo su pensamiento y, sobre todo, de empuñar el revólver, como tenía intención.

El puño de Tom cayó como una maza sobre su rostro, haciéndolo tambalearse.

Pero aún conservó la bastante energía, fuerza y voluntad para sacarse el arma.

Y seguramente habría hecho fuego sobre su terrible rival, si un segundo puñetazo recibido en la mandíbula no lo hubiese inutilizado.

—¡Podría matarlo — rugió Tom — y tal vez eso sería preferible! Pero por hoy ya ha recibido un castigo un poco adecuado a su maldad... una dura lección, un escarmiento ejemplar. ¡Por fin, este brutal y odioso sujeto ha encontrado la horma de su zapato!

»¡Sacadlo de aquí, muchachos! —ordenó a los *cow-boys* que lo rodeaban con los rostros resplandecientes de alegría—. ¡Conducidlo afuera y dejadlo al lado de su caballo!

—¿Lo desarmamos, además? —preguntó uno de aquéllos.

—¡No, no! —repuso Tom—. Dejadle su revólver y si cuando recobre el conocimiento se le ocurre la mala idea de venir a mi encuentro anhelando el desquite, entonces no tendré más remedio que abrasarle los sesos...

V

Media hora después, el vapuleado Warner regresaba a su rancho rumiando las más feroces venganzas contra Jansen, su hija y su formidable pariente.

—¡A todos les alcanzaré mi odio, de todos ellos me vengaré implacablemente! —se decía.

»¡Ah! ¡Qué cobardes son los hombres que me acompañaban!... ¡Más cobardes que las liebres! ¡Son unos pelones con horchata en las venas en lugar de sangre! De buena gana los mandaría al diablo apenas les eche la vista encima, pero no puedo prescindir ahora de ellos y habré de disimular el rencor que les tengo, el desprecio que me inspiran y la partida que les preparo.

Desde el rancho de Jansen, los ojos de Gloria vieron cómo se alejaba el feroz Warner y cuando desapareció su silueta tras una de las lomas que aquél había de salvar

para llegar a su mísera finca, se apresuró a ir al encuentro del elegido de su corazón y del autor de sus días.

Se hallaban éstos en el despacho del rico ranchero.

—Llegas oportunamente, querida niña—le dijo su progenitor sonriendo y guiñando un ojo maliciosamente—, pues voy a presentarte a un personaje.

Como en el aposento no había más personas que Tom y su padre, el bello y candoroso rostro de Gloria hizo una graciosa mueca de asombro.

Sin cesar de sonreír, el ranchero cogió una mano a su hija y con acento que temblaba de ternura y de dicha, añadió:

—Este personaje es tu futuro esposo, el bravo Tom, a quien desde este momento considero ya y lo amo como a un hijo. ¡Sed felices, mu-

chachos, quereros con amor firme y leal y abnegado siempre, y la vida os parecerá hermosa, grata, encantadora!

»Vuestro enlace tendrá lugar en breve, apenas el *sherif*, según me ha

prometido, logre ahuyentar de esta comarca, en nombre de la ley, al execrable Warner...

»Mañana haremos un viaje a la ciudad, donde permaneceremos varios días...

VI

Al día siguiente partían del rancho Tom y su hermanito, Gloria y su padre, en alegre cortejo. Su permanencia en la ciudad fué más corta de lo que imaginaban, abreviándola el siguiente telegrama que les enviara el *sherif*:

«El Oso Mejicano *desenmascara-*

do y encarcelado. Se trata de un peligroso gangster de Chicago a quien espera la horca.»

Dos semanas después, Gloria y Tom se consideraban los seres más felices de la tierra, en la ceremonia nupcial que ató sus vidas para siempre.

FIN

LA SIGUIENTE NOVELA DE ESTA PRECIOSA COLECCION

POR DEFENDER A UNA MUJER

SE PONDRA A LA VENTA LA SEMANA PROXIMA

LOS FILMS DEL FAR-WEST

ES LA PUBLICACION MAS INTERESANTE Y
ECONOMICA QUE AHORA PUEDE ADQUIRIRSE

Aparece semanalmente y da las narraciones del Oeste más vigorosas e intensas que se conocen. — Leer estas emocionantes novelas equivale a convivir con los COW-BOYS, seguir de cerca sus peripecias y sus proezas, sus amores y sus triunfos. Cada cuaderno contiene una novela completa, con las aventuras de lucha y de amor de un caballista, astro de la pantalla.

15 cts. el cuaderno con novela completa

De esta preciosa colección han sido publicados los siguientes números:

- | | |
|---------------------------------|--------------------------------|
| 1. El huracán de Texas. | 12. El valiente. |
| 2. Contra viento y marea. | 13. El «Pirata del Desierto». |
| 3. El valle del misterio. | 14. El crimen ignorado. |
| 4. El rey de los jinetes. | 15. La ley del revólver. |
| 5. Los puños de Tom Tyler. | 16. El «Guapo del rancho K.» |
| 6. Los lobos del Far-West. | 17. Los falsificadores. |
| 7. La ley del tortazo. | 18. Un novio con buenos puños. |
| 8. El culpable. | 19. Veloz como el rayo. |
| 9. De señorito a vaquero. | 20. Perdido en el desierto. |
| 10. El «Gavilán de la Pradera». | 21. Los cuatreros. |
| 11. Ladrones de ganado. | |

De venta en todos los quioscos y puestos de periódicos. Coleccione usted la más económica y la más interesante de las novelas semanales.

LAS GRANDES OBRAS MODERNAS - Publicación periódica

Calle de Londres, 188 - BARCELONA

Talleres gráficos VECCHI. — Rocafort, 225. — Barcelona